

# Mercury Pictures

ANTHONY MARRA

TRADUCCIÓN DE JACINTO PARIENTE

arm&nia

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: MERCURY PICTURES PRESENTS

Edición original: Hogarth, New York, 2022

Primera edición: octubre 2022

Ilustración de cubierta: © Jack Vettriano, 2016

Fotografía de solapa: © Paul Duda, 2021

Copyright © Anthony Marra, 2022

Copyright de la traducción © Jacinto Pariente, 2022

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S. L. 2022

Esta edición está publicada bajo acuerdo con Hogarth, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

ARMAENIA EDITORIAL, S. L.  
[www.armaeniaeditorial.com](http://www.armaeniaeditorial.com)

diseño JOAQUÍN GALLEGO  
Impresión GRÁFICAS COFÁS, S. A.

ISBN: 978-84-122276-9-7

D.L.: M-24446-2022

Impreso en España

*Para Kappy*

«Ese retorno artificioso, ¿era un simple juego? No puedo creerlo».

*Doktor Faustus*, THOMAS MANN

[Escrito en Los Ángeles, 1943-47]

## PARTE I

## LA SOLEADA SIBERIA

### I

Lo primero que se veía al entrar en Mercury Pictures International era una maqueta a escala del propio estudio. Artie Feldman, cofundador y productor en jefe, la había hecho instalar en el vestíbulo para evitar que los inversores apocados se echaran atrás. La miniatura, que incluía el *backlot*, los platós y las demás instalaciones, era una réplica exacta del estudio de cuarenta mil metros cuadrados en cuyo vestíbulo se encontraba. María Lagana, tal y como la había representado la miniaturista, era una pequeña e inexpressiva figura asomada a la ventana del despacho de Artie. Y allí precisamente se hallaba la auténtica María una mañana de 1941 observando con los brazos en jarras a una paloma firmar un autógrafo a su jefe en el parabrisas del descapotable nuevo. Le habría gustado invitar a una copa a aquel pájaro.

—Hace un día precioso, Art. Deberías levantarte y echar un vistazo —dijo María.

—Ya lo he hecho. Me han dado ganas de tirarme por la ventana —respondió Art.

A Artie no se le conocía por su *joie de vivre*, pero las fantasías de suicidio justo antes del almuerzo no eran habituales en él. María se preguntó si la Investigación del Senado sobre Propaganda Belicista en el Cine le estaría provocando ansiedad, pero no,

la crisis en la que estaban inmersos era cosa suya. El peluquín ya no le tapaba la calva.

Otros seis bisoñés negros lacados reposaban sobre sendas cabezas de madera en una estantería detrás de su escritorio, allí donde otros productores exhibirían su colección de óscars. Servían para romper el hielo. Por ejemplo, Artie solía empezar las conversaciones con sus nuevos empleados mencionando que eran las cabelleras de sus predecesores en el puesto.

Desde el punto de vista de María, los seis bisoñés eran del mismo e indistinguible modelo y estilo, pero Artie estaba convencido de que en cada uno de ellos crepitaba la energía kármica latente y expectante de su cabeza de origen como una carga de electricidad estática de contrabando en la yema de un dedo. Por eso los había bautizado según su personalidad: el Peso Pesado, el Casanova, el Optimista, el Edison, el Ulises y el Mefistófeles. Artie no se había sentido nunca tan en casa en su país adoptivo como cuando se enteró de que los Padres Fundadores, incluso el fanfarrón de John Hancock, usaban peluca. El único que no la llevaba era Benjamin Franklin. Y no había más que verlo: sifilítico, francófilo y amigo de jugar a las cometas bajo la lluvia.

—Quizá haya encogido —dijo esperando aún el milagro.

—Creo que vas a necesitar uno con más cobertura, Artie.

—Es la segunda vez este año. ¿Cuándo acabará esto, Dios mío?

—La vida es salvaje y cruel, pero al menos es breve.

—Ah, ¿sí? No comparto tu optimismo.

Artie no creía en envejecer con elegancia. No creía en envejecer y punto. A sus cincuenta y tres años, seguía con el mismo régimen de ejercicio que lo había convertido en una promesa del boxeo semiprofesional antes de que una fractura de muñeca lo obligase a dedicarse al único otro oficio en el que sacar partido a la agresividad controlada que era marca de la casa (en su oficina conservaba un saco de boxeo que solía aniquilar durante las reuniones con agentes poco flexibles). De acuerdo, quizá perdiera el paso de vez en cuando; quizá las rodillas le sonasen como un par de maracas cuando subía escaleras; quizá los chicos del departamento de

correos se dejaban ganar cuando los desafiaba a un pulso, pero no estaba envejeciendo.

O eso pensaba María que Artie se contaba a sí mismo. Lo cierto es que estaba empezando a preocuparse por él. En menos de una semana testificaría ante un comité en Capitol Hill junto a los directores de Warner Bros, MGM, Twentieth Century-Fox y Paramount. La comparecencia tomaba visos de convertirse en un enfrentamiento en la cumbre entre adalides de la libertad de expresión y cruzados de la censura estatal. Sin embargo, a ojos de María, a Artie le preocupaba más su bisoñé que su declaración inicial.

—¿Se sabe algo de Joe Breen? —dijo Artie refiriéndose al tema de la censura.

—Ha llamado esta mañana.

—¿Qué ha dicho? ¿Piensa aprobar el guion de *Un pacto con el diablo*?

María guardó silencio.

—Me voy a arrancar el pelo que me queda, ¿verdad?

—Me temo que sí —admitió.

María llevaba diez años trabajando en Mercury y había ascendido desde la sala de mecanógrafas hasta la oficina principal. A sus veintiocho años, era ayudante de producción y mano derecha de Artie, un puesto que requería dotes de general, diplomático, negociador de rehenes y peluquero. Entre sus obligaciones estaba conseguir que las películas de Mercury obtuvieran la bendición de los mojigatos y aguafiestas de la *Production Code Administration*, responsables de que las películas se ciñesen a los estándares morales. El gran inquisidor se llamaba Joseph Breen, un santurrón tan angustiosamente católico que había censurado con saña la biografía cinematográfica de Jesucristo de Mercury por atenerse en exceso al material original. Según Breen, un judío extranjero que predicaba la redistribución de la riquezaapestaba a bolchevismo. Estaba tan comprometido con la producción de películas gratuitamente inofensivas que se negaba a aprobar cualquier largometraje que contuviera temas polémicos. Durante los años treinta, los que se informaban principalmente en la sala de cine

de su barrio no sabían nada del problema de las leyes Jim Crow vigentes en el sur de los Estados Unidos ni del fascismo que campaba a sus anchas por Europa. Sin embargo, a fines del verano de 1941, ni siquiera una fuente de alienación tan arraigada como la *Production Code* podía evitar que la crisis europea apareciera en las pantallas.

Indignados por el mensaje prointervencionista de ciertas películas recientes, un grupo de senadores aislacionistas acusó a Hollywood de conspirar con Roosevelt para «emborrachar a América a base de propaganda y obligarla a declarar la guerra» a Alemania e Italia. El Congreso convocó audiencias a toda prisa con el fin de investigar las acusaciones y proponer medidas legislativas. Artie Feldman, por su parte, acostumbrado a incrementar la audiencia de sus películas merced a la publicidad gratuita que brinda la polémica, estaba decidido tanto a socavar la legitimidad de la investigación como a aprovechar al máximo su recién descubierta mala reputación en beneficio del próximo largometraje de Mercury.

María le pasó el guion que la *Production Code Administration* le había devuelto esa mañana. Joe Breen había rediseñado las escenas con las espasmódicas flechas de un general rodeado por el enemigo. A pesar de sus recelos, María estaba dispuesta a admitir que *Un pacto con el diablo* era una propuesta inteligente. Su autor era un emigrante alemán, y la película contaba de nuevo la leyenda de Fausto a través de la historia de un director de cine berlinés que accede a dirigir películas de adoctrinamiento a cambio de financiación para terminar su largamente gestada obra maestra. En una de las secuencias principales, una delegación de congresistas estadounidenses de visita oficial en Alemania asiste a la proyección de una de ellas y abandona la sala convencida de que el verdadero enemigo de la paz no es Alemania, sino Hollywood. Como es natural, insinuar que los senadores estadounidenses eran una panda de ingenuos conspiranoicos garantizaba que el guion jamás recibiría la aprobación de la *Production Code Administration*. María pensaba que su obligación era sentirse decepcionada, pero por motivos que no estaba dispuesta a reconocer



delante de Artie, era un alivio que Joseph Breen hubiera condenado a *Un pacto con el diablo* a la muerte por mil cortes.

—Me sorprende que no haya censurado también los espacios entre las palabras —dijo Artie pasando las páginas del guion lleno de marcas azules. Las notas al margen de María estaban bien sazonadas de obscenidades y signos de exclamación—. Me la tiene jurada desde hace años. Nunca he sabido por qué.

—La verdad es que le llamaste «tremendo santurrón bocazas» en el New York Daily News.

—Citaron mis palabras fuera de contexto. Nunca le llamé «tremendo». —Artie arrojó el guion sobre el escritorio y se quitó el bisoñé. El cuero cabelludo lleno de manchas parecía una rebanada de pan de pimientos. María siempre se sentía extrañamente conmovida al verlo. Era un signo de la confianza entablada entre ellos después de diez años de trabajo. Artie no permitía que nadie más en Mercury le viera entre bisoñés—. ¿Qué piensas? ¿Hay alguna forma de salvarla? —le preguntó.

Para Artie, el pasado de María la dotaba de las cualidades idóneas para supervisar la producción de *Un pacto con el diablo*. Mucho antes de convertirse en su mano derecha, María y su madre habían huido de Italia como refugiadas políticas después de que Mussolini condenara a su padre, uno de los abogados más prominentes de Roma, al exilio interno en las montañas de Calabria. Años de correspondencia habían instilado en ella tanto desprecio por los censores como talento para burlarlos.

Ella pensaba a veces que la vida la había convertido en una profesional del ocultamiento a plena vista. El fascismo y el catolicismo la habían enseñado a lidiar con las ideologías represivas y, además, nacer niña en una familia italiana implicaba vivir una existencia más sugerida que mostrada. La lengua coloquial de los italoamericanos, desde *mamma* hasta mafia, se componía de gestos e insinuaciones, y al pertenecer a una diáspora en la que los deseos y las amenazas de muerte eran un secreto a voces, a María se le daba muy bien colarles subtexto de contrabando a los guardias fronterizos del decoro de la *Production Code Administration*. Sin embargo, en lo tocante a *Un pacto con el diablo*, coincidía con la

decisión del censor. Había aprendido de su padre que meterse en política era cosa de ricos, poderosos y suicidas, y no tenía el más mínimo deseo de seguir sus pasos.

—Creo que nos la han *breenado* hasta el fondo.

Artie asintió y tiró el bisoné a la papelera. El rico pelaje de marta cibelina del Mefistófeles lo sustituyó. Su aparición era motivo de esperanza, no solo por su mayor cobertura. Para no malgastar sus poderes secretos, el Mefistófeles se reservaba para las negociaciones más trascendentes. Artie trataba de conseguir una nueva línea de crédito para garantizar la financiación en caso de que las cosas se torcieran en Washington. Él y su hermano gemelo, Ned, tenían una reunión aquella tarde con Eastern National, un consorcio de tipos duros engominados de Wall Street que sin duda se sabían de pe a pa el protocolo para borrar las cifras de muertos por conducción bajo los efectos del alcohol de los registros oficiales.

Giró en el sillón del despacho con la cabeza debidamente encasquetada.

—¿Qué aspecto tengo?

Artie superaba la capacidad eufemística de su protegida.

—Parece que tienes veinticinco y ni un día más —respondió ella.

Por fin, Artie esbozó una sonrisa. Como mentiroso experto, estimulaba los intentos de su pupila. A pesar de su sexo y de su origen, era consciente de que en el fondo María era una Feldman de pies a cabeza.

—A ellos les pago para que mientan —dijo Artie señalando con un gesto de la cabeza al departamento de contabilidad—. A ti te pago para que seas sincera.

—Sinceramente, pareces el padre de Elmer Gruñón.

—Tampoco te pago para que seas tan sincera —dijo con gesto dolorido.

—Entonces súbeme el sueldo.

—No nos volvamos locos. Aunque supongo que esa es la impresión que queremos causar en esos banqueros de la costa este. Hace falta ser un genio para saber cuándo hacer que te tomen por tonto.

María sonrió. —Entonces eres un auténtico Einstein, Artie.

—Ríete cuanto quieras, pero tú deberías saber mejor que nadie que el menosprecio ajeno es una ventaja competitiva. Cuando estos fulanos trajeados de la Mayflower Society de Wall Street me vean, se creerán que van a usar mi fedora como orinal. Tomarse en serio a un inmigrante charlatán con un bisoñé barato va en contra de todo lo que les han enseñado.

—Con esa pinta de padre de Elmer Gruñón, el *yankee doodle* capullo que se te siente enfrente no sabrá quién eres en realidad.

—¿Y quién soy yo? —preguntó Artie.

—¿En la mesa de negociaciones? Mefistófeles.

Vigorizado por los diabólicos poderes de la peluca, Artie estaba listo para liquidar a sus enemigos. Se puso en pie y se enfundó la chaqueta. Un canario trinaba en una jaula de bronce al otro extremo del escritorio. Era un regalo de aniversario de Mrs. Feldman, que le aseguraba en una nota que le vendría bien un amigo. Artie le había puesto de nombre Charles Lindbergh, por ser excelente como aviador y un auténtico sinvergüenza en lo demás. Qué cómodo reducir a los enemigos a criaturas enjauladas y fáciles de estrangular, pensaba María.

—¿Dónde has puesto la declaración que vas a leer ante el Congreso? —preguntó María—. La corregiré esta tarde.

Artie se encogió de hombros y no dijo nada.

—Art, vuelas a Washington mañana por la mañana.

—No he preparado ninguna declaración —admitió. De repente se sintió exactamente como ese tipo que hacía enormes esfuerzos psicológicos para autoconvencerse de que no era un narcisista de mediana edad cuya calva adelantaba a sus bisoñés, ese tipo cuya lealtad iban a poner en cuestión y al que iban a cubrir de calumnias en el mayor escenario de los Estados Unidos, un exboxeador que sabía apañárselas en un callejón oscuro, pero al que le aterrorizaba comparecer en una sala de audiencias bien iluminada de Capitol Hill.

—Este juicio es una farsa, María. Sencillamente... Diga lo que diga, esto no va a acabar bien.

Se frotó las sienes y de pronto pareció que su propia

incertidumbre lo paralizaba. Por mucho que le demostraran que estaba equivocado, Artie siempre seguía insistiendo en que tenía razón. Ya se tratara de especulaciones sobre las propiedades físicas del *swing* de Joe DiMaggio, del nombre de la capital de Nueva Zelanda o del color natural del pelo de Rita Hayworth, su autoconfianza y asertividad obligaban a todo el mundo a asentir con la cabeza por mucho que pensarán que mentía más que hablaba. Se desplomó en el sillón como si el peso de lo que desconocía y no podía predecir lo aplastara.

Los sombríos presentimientos que reflejaba su rostro preocupaban a María. Artie podía ser demencial, caprichoso y egoísta, pero la había apoyado más que nadie. La había ascendido a pesar de las protestas de sus colegas masculinos. Respetaba su criterio y confiaba en su capacidad. Cuando se enteró de que uno de los ejecutivos se había propasado con ella, lo despidió y le ofreció su puesto. Tenía el despacho empapelado de editoriales que lo acusaban de desgarrar el tejido moral de la nación, pero no había nadie cuya moral María admirara más.

—Escúchame, qué te parece si me voy contigo a Washington y preparamos tu declaración durante el vuelo —propuso.

—¿De verdad quieres ver cómo me echan a los leones?

—Nací en Roma. Ese deporte lo inventaron mis vecinos.

—Qué alivio —comentó Artie.

—Además, mi padre era abogado cuando Mussolini llegó al poder. Tengo cierta experiencia con las farsas judiciales.

Artie asintió agradecido. —Reserva un billete para el vuelo que sale de Mines Field mañana.

Salieron al vestíbulo y dejaron atrás la maqueta del estudio. En la calle, el calor que irradiaba el asfalto adornaba los sedanes y biplazas de manchurroneos impresionistas. Al norte, las colinas abigarradas de mansiones parecían una favela plutocrática. Cuando llegaron a su Lincoln, Artie le entregó una carta. —Hazme un favor. ¿Te importa echar esto al correo de hoy?

En el sobre figuraba la última dirección conocida de la hermana mayor de Artie en la Silesia ocupada por los alemanes. Aunque le escribía a diario, llevaba meses sin recibir respuesta.

El sobre era tan fino que parecía vacío, pero María lo tomó con las dos manos. Su peso real manaba de la mirada abatida de Artie.

María le puso la mano en el hombro, le dio un apretón y metió el sobre en el bolso.

—Es una verdadera lástima que no hayan aprobado *Un pacto con el diablo* —dijo Artie cambiando de tema antes de que ella pudiera expresarle su apoyo—. ¿Me imaginas promocionándola en mi testimonio ante el Congreso?

María se lo imaginaba. El aspecto más creativo de las producciones de Mercury era la inevitable campaña publicitaria que las acompañaba.

—Te apuesto lo que quieras a que hacer publicidad de una película ante el Congreso no se le ha ocurrido todavía a nadie —Artie habló a una cámara imaginaria—. Si los senadores aquí presentes quieren conocer de verdad los peligros de la propaganda, estoy dispuesto a invitarlos al estreno de *Un pacto con el diablo* el próximo diciembre en su sala de cine más cercana. *Un pacto con el diablo* es la película del año. Recuerden que estoy bajo juramento: les digo la verdad, solo la verdad y nada más que la verdad.

—Agradécele al sumo pontífice de la *Production Code* que no te acuse de perjurio.

—Conque sumo pontífice, ¿eh? —dijo Artie. Al oír la expresión, los ojos vidriosos le brillaron de pronto—. Tú eres romana. Seguro que sabes cómo se llamaba el tipo ese que pintó la casa del Papa. Michael Angelo.

—Michelangelo —corrigió María.

—Como se diga. Lo que quiero decir es que la Capilla Sixtina no es cualquier cosa, ¿no? ¿Quieres saber lo que pienso? —A María le daba igual, pero las opiniones de Artie avanzaban ya con la tambaleante insistencia de un borracho atropellando al *maitre*—. Creo que este tipo Miguel Ángel fue el Preston Sturges de su época.

—Claro —dijo María con una sonrisa—. No era malo del todo.

—¿No era malo? ¿*No era malo*? Se las apañó para pintar vergas en el techo del Papa y se fue de rositas. Y, ojo, no hablo de una o dos... A docenas. Te apuesto lo que quieras a que no hay Papa

que eleve la vista a Dios sin que algún santo listillo le enseñe el culo.

—Admito que Michelangelo era un tipo con sentido del humor —dijo María.

—Yo no puedo mostrar a dos personas casadas desde hace cincuenta años en la misma cama sin que el Torquemada de vía estrecha de Breen se ponga a eructarme azufre. Y, sin embargo, en la capilla privada del Papa se ve más carne que en los baños de un estadio durante el descanso.

Artie clavó los ojos en María y durante aquella larga mirada la musculatura que unía la intuición de ambos se tensó.

—¿Sabes qué? Creo que Miguel Ángel se habría sentido como pez en el agua en Hollywood. Salirse con la suya de esa forma. Y en el techo del Papa... ¿Cómo crees que lo consiguió?

María cruzó los brazos y se apoyó en la capota del Lincoln de Artie.

—Está claro que el Papa y él llegaron a un acuerdo —dijo ella tratando de visualizar la Capilla Sixtina—. Michelangelo podía pintar todas las pollas que quisiera siempre y cuando fueran pequeñas.

—Bingoski.

María comprendió por dónde iban los tiros. Llevaba años inventando estrategias para escamotear obscenidades bajo las narices de los censores más avezados. En sus mejores momentos era capaz de colar porquerías más subidas de tono que una lata de guisantes del Gigante Verde. Convencía a los censores de las honradas intenciones de Artie a base de encanto, adulación, falsa ingenuidad y amenazas veladas, igual que su padre había convencido a los tribunales de la inocencia del reincidente más incorregible. Cuando se reunía con Joe Breen para hablar de una producción de Mercury, se vestía con recato, falda larga y cuello alto, sin más joyas que una cruz de oro. Fingía de manera tan verosímil no haberse dado cuenta de los dobles sentidos que Breen descubría, que hacía que el censor en jefe temiera que el perverso fuera él. A los diez minutos, Breen galopaba a misa de doce y María se llevaba el *nihil obstat* de la Product Code Administration para una

película titulada *¿No son primos?* Quizá llevara una cruz al cuello, pero era una asesina implacable.

—Te propongo un trato —dijo Artie—. Apáñatelas para que *Un pacto con el diablo* pase la censura y los créditos de producción son tuyos.

María lo miró con recelo. Llevaba siete años de asistente de producción y, aunque nunca había aparecido en los créditos de una película, desconfiaba de cualquier transacción que le proporcionara lo que deseaba.

—¿Por qué precisamente ahora?

—Porque te lo has ganado —respondió Artie tendiéndole la mano. Sellaron el pacto con un apretón de manos.

—Y ahora vete a bajarle los humos a Miguel Ángel.

Eran las doce y media, y María pensó que Eddie estaría en la cantina antes de volver al plató. Lo encontró apretujado entre un par de extras, con un pañuelo de maquillaje aún metido en el cuello de la camisa, disertando acerca de las penurias del teatro serio en Los Ángeles.

Conocía bien el tema. Eddie Lu era un shakespeariano autodidacta que trabajaba de recepcionista de noche en el Montclair, el apartahotel situado en una de las calles perpendiculares a Hollywood Boulevard donde ella vivía. Aunque rebosaba del exótico magnetismo de galán que había catapultado a Valentino al estrellato, no contaba ni siquiera con el beneficio de la dudosa blancura de los italianos, de modo que a lo más que podía aspirar razonablemente era a la maldad de Fu Manchú. Sin embargo, contra toda razón, Eddie aspiraba a más. Se sabía de memoria los textos de los protagonistas de las principales tragedias, por mucho que el teatro fuera tan mezquino en oportunidades como la pantalla. Un paleta de Iowa alimentado a base de maíz que quería compartir sus apuntes con el dramaturgo le había arrebatado el papel principal de *Hamlet*. «Si Hamlet fuera el príncipe de China tú serías mi primera opción», dijo el director a modo de disculpa.

Además de ser un actor de inmenso talento al que nadie contrataba, Eddie era el novio de María. Habían consumado sus

flirteos dos años antes en la fiesta de nochevieja, donde pusieron a prueba la insonorización de la cabina de sonido de Mercury. María se mudó al Montclair al día siguiente.

—¿Va todo bien en plató? —preguntó María sentándose junto a Eddie.

—Estoy empezando a creer que *¡La casera sueña con incendiarlo todo!* no es precisamente la obra maestra de contención emocional que me habían contado —respondió.

María le pasaba pequeños papeles de vez en cuando para que no perdiera antigüedad en el Sindicato de Actores de Cine, y su forma de aceptar el enchufe era odiarlo minuciosamente.

—Dame tu opinión.

—Mi opinión es que la mascota de este tugurio debería ser una cloaca. ¿Por qué sigues aquí? No te lo digo solo por lo de la Paramount. Te darían trabajo en cualquier sitio.

Varios meses atrás la Paramount le había ofrecido un empleo. Estaban dispuestos a pagarle el doble, pero no tendría ni la décima parte del poder que ostentaba en su empleo actual, así que, a pesar de la insistencia de Eddie, lo había rechazado.

—Artie me sacó de la sala de mecanógrafas. Vio algo en mí.

—Eso fue hace diez años. La Paramount ve algo en ti ahora.

—Sí, pero Artie me ha enseñado todo lo que sé sobre este negocio. Y eso significa algo.

—Significa que puede aprovecharse cuanto quiera de tu gratitud —señaló Eddie.

—Si no me preocupara tanto por conservar la armonía doméstica, quizá me parase a pensar por qué alguien tan insatisfecho con su carrera se permite el lujo de darme consejos sobre la mía —dijo ella.

Eddie sonrió con timidez y levantó las manos dándose por vencido.

—El que puede, lo consigue, y el no, enseña. —Saludó con la cabeza a una mujer sentada sola en la mesa más cercana a la salida que apagaba el cigarrillo en los restos de un plato de melón con queso fresco—. Hablando de caras nuevas, ¿quién es esa?

—Anna Weber —respondió María—. Una de las alemanas.



La contratamos hace un par de meses. Hizo parte de las miniaturas del decorado de *Metrópolis*.

En los últimos años, más y más exiliados europeos aparecían por Mercury. La lista de personal del estudio era un mapa de la expansión del fascismo en Europa. En un inusual momento de franqueza, Artie le había confesado que lo único que esperaba de los emigrantes era que le aligeraran la conciencia cobrando su sueldo. Algunos nunca habían trabajado en el cine, de modo que para María fue una grata sorpresa descubrir que al contratar a Anna, Artie traía a bordo a una arquitecta de la miniatura con completo dominio de su oficio.

—De *Metrópolis* a Mercury —Eddie sacudió la cabeza ante tamaña injusticia—. Qué vergüenza. Y hablando de vergüenza, ya va siendo hora de que regrese a la gran debacle.

Le apretó la mano por debajo de la mesa.

—Bienvenida a la soleada Siberia, Miss Weber. Cada día un poco peor —dijo a modo de presentación al pasar por delante de la mesa de Anna.

María se terminó la tarta de manzana de Eddie y colocó sus notas sobre la mesa, pero en lugar de concentrarse en *Un pacto con el diablo*, se vio de pronto pensando en la maqueta a escala de Mercury. No sabía qué la atraía de ella. Quizá fuera que le gustaba observar Mercury por medio de una técnica diametralmente opuesta a la de la fábrica de películas que representaba. Gran parte del significado de una película se reducía a quién se consideraba digno de un primer plano, una perspectiva, un rostro. En cambio, en la omnisciente mirada panorámica de la miniaturista todos eran dignos. Era como si el objetivo de la cámara se alejara hasta que incluso el extra más insignificante quedara dentro del encuadre.

Alejando la cámara en aquel preciso instante, se veía a Anna, la arquitecta de miniaturas, sola en su mesa ocupada con unos bocetos de un bloque de apartamentos de Berlín en una servilleta. Alejándola más, Artie recorría la costa hacia el oeste por Santa Mónica Boulevard al volante de un Continental de color crema, acercándose manzana a manzana al hermano al que detestaba. Más lejos aún, un fugitivo calabrés que viajaba con la

documentación de un difunto se bajaba del tren en Union Station con la dirección de María en el bolsillo, una caja de puros en la maleta y un nudo en la garganta.

Y también estaba María, cruzando una selva ecuatorial, un castillo gótico y una calle de edificios de ladrillo de vuelta a su oficina a través del *backlot* del estudio. Se entretenía en el set de *piazza* italiana. Con solo cambiar la señalización se convertía en cualquier pueblo europeo, pero María se había inspirado en la pequeña *piazza* de Roma donde su padre la llevaba al cine los domingos. Era una pequeña plaza rodeada de fachadas falsas de edificios con tejas, cafés y tiendas. El mármol y el travertino eran yeso pintado y madera de contrachapado. Allí de pie, María repoblaba la *piazza* con la *passeggiatta* vespertina: las palomas levantan el vuelo al sonido de los pasos, como gráciles *signorinas* de mirada fulminante encaramadas a las agrestes alturas de sus tacones, un anciano de frente marchita patea humeantes bolas de bosta de caballo en un saco de estiércol. En los callejones, la ropa tendida se aligera imperceptiblemente con cada gota que se evapora. Todos se observan unos a otros, pero nadie repara en María. Tiene doce años y camina al lado de su padre. Sus pisadas suben y bajan, suben y bajan como agujas de coser que los bordan a la ciudad y parece imposible que todo esté a punto de terminar, que todo esté a punto de desaparecer, que más allá de los confines de un decorado de Hollywood María nunca vaya a volver a ver Roma.

El paisaje del exilio estaba plagado de ese tipo de trampas. Bastaba un paso en falso para que el suelo cediera. Se encontraba de nuevo en el lugar del que había huido, incluso ahora, en su despacho, sentada ante la Olivetti heredada. Mucho antes de su llegada a aquel estudio de cine de segunda, la máquina de escribir había prestado sus servicios en el escritorio de su padre, donde los recursos legales que en ella se redactaban habían anulado docenas de sentencias condenatorias. Para María la máquina de escribir de su padre era aún un instrumento de clemencia, a pesar de los documentos de rescisión de contrato y los ultimátums que escribía con ella.

Después de tantos años, aún sentía la mirada de su padre. La observaba esperando ver qué haría a continuación.

2

Era inevitable. Cada vez que pensaba en Roma, regresaba a aquel último verano en que su padre la llevaba los domingos al cine con aire acondicionado en lugar de a la iglesia.

Aquellos paseos eran una novedad maravillosa y preocupante, y las atenciones de su padre una señal más de la difícil situación en que se hallaban. Históricamente, la encargada de facilitarle las poco frecuentes excursiones con su hija era una draconiana institutriz escocesa. Sin embargo, aquella primavera el padre de María había prescindido de los servicios tanto de la institutriz como de la doncella y la cocinera, por lo que el apartamento, en el que ya solo habitaba la familia, estaba vacío y triste. Su padre no lo veía así: para Giuseppe Lagana la paternidad era más llevadera cuando alguien se ocupaba de su hija, así que ahora que no podía permitirse contratar a nadie para meter en cintura a la niña de doce años, el apartamento de seis habitaciones del Aventino le parecía más ingobernable y desbordado que nunca. Al menos, era una experiencia educativa. Por ejemplo, Giuseppe había aprendido que cuanto más tiempo dedicara a preparar la cena menos comería su hija. Había descubierto que se negaba a utilizar un despertador como las personas civilizadas. Sacarla de la cama por las mañanas era una ordalía de media hora de amenazas crecientes que lo dejaba ofuscado y sin aliento. Se había enterado de que su color favorito era el verde menta. Había aprendido con qué rapidez conseguía la niña que sus pensamientos pasaran de lo homicida a lo fascinado. Cuando la recogió en el portal aquel primer domingo de agosto y se sumergió tras ella en la luz de finales de la tarde, se sentía numéricamente inferior.

—No se lo digas a tu madre, ¿de acuerdo? —Cerró la puerta—. Es posible que no sepa valorar nuestro... programa de enriquecimiento cultural.